

METAFÍSICA DE LA PEREZA

@ Juan Evaristo Valls Boix

@ Ned ediciones. Edición no venal



© Del autor: Juan Evaristo Valls Boix, 2021

© De la imagen de cubierta: María Medem

Montaje de cubierta: Camila González S.

Primera edición, febrero de 2022

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2022

Preimpresión: Moelmo

ISBN: 978-84-18273-74-2

Depósito legal: B 1587-2022

Impreso en España

Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida bajo el amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

Para Evaristo, de Electrodomésticos Aitona

@ Ned ediciones. Edición no venal

¿Qué conseguiré? El estado más rico: el anterior
a la Creación.

STANISŁAW LEM, *Magnitud imaginaria*

@ Ned ediciones. Edición no venal

ÍNDICE

Nota del editor	13
Exordio	19
Fundamentación de la metafísica de la pereza	25
Cansancio	45
Incompetencia	65
Vacación	77
<i>Interludio 1. Maisons de week-ends imaginaires</i>	93
Decreación	101
Sueños	123
<i>Interludio 2. Gonzalez-Torres, una imagen de la playa</i>	133
Huelga decir ()	145
Fiesta	167
Gratitud	175
Bibliografía	177

@ Ned ediciones. Edición no venal

EXORDIO

Escribo para los emprendedores, para los que persiguen sus sueños y quieren superarse, para los que van más allá y lo tuitean. Para aquellos que alcanzan metas, que quieren mejorar cada día, dar una versión más alta de sí mismos y batir récords, cumplir objetivos y culminar su vida, entusiastas, con el brillante premio de ser un absoluto competente en todo, o en especializarse. Escribo para instagrammers y youtubers, para oficinistas y smartworkers, deportistas e investigadores becados por el ministerio, para todos aquellos gustosos de vender el cuerpo, de explotar su imagen, de invertir su tiempo en una start-up, en una cita, en una serie. Escribo para todos vosotros, *Symparanecromenoi*, para todos los muertos en vida, deleitados en el gran banquete de la devastación de uno mismo, privados de todo, enamorados del trabajo, conmovidos por la carroña. Todos los que creéis en la dicha y la autorrealización y la plenitud, vosotros los runners de la existencia, todos los que vivís de modo aforístico y segregado, entregados a la intensidad de vuestra carrera de fondo, que jamás acaba, que os agita y estimula como la más alucinada de las pesadillas. Soy uno de los vuestros.

No he conocido desdicha más alta y más justa que la de mi marca personal, y a ella lo he sacrificado todo. Escribo

en honor de ese fuego voraz que todo lo engulle, en honor de esa caldera insaciable que alimentamos con lo poco que somos para mantener el tren en marcha hacia la más sádica de las nadas. Escribo en su honor porque quiero apagarlo, porque estoy consumido, porque hoy la revolución no es ya ni el tren de alta velocidad que motiva y desespera la Historia, ni la palanca de freno que ha de accionarse para una violenta e inmediata interrupción de todo el orden de lo viviente. Hoy, muertos en vida, la revolución —si hay tal cosa— es un manso detenerse, una mínima placidez, una quietud tan lenta que confunde el movimiento con su ausencia. Hoy, moribundos, que la excitación es la norma, hoy, ese día sin término en que vivimos sin parar, el único gesto rebelde es el de no hacer nada. Aquello que no podemos imaginar y para lo que hemos perdido hasta las palabras que lo nombran.

Esa pobreza de experiencia es testimonio de la flaqueza de nuestro deseo, de lo mal que deseamos. Pues nosotros, *workoholics*, que destapamos la felicidad cada mañana, nosotros los creativos y los victoriosos, ansiosos y cafénicos, hiperestimulados y hedonistas, alucinados por emprender y ser nuestros propios jefes; nosotros, que cantamos lo ilimitado y lo excelente, que somos éxito y capital humano, activos esenciales para esta empresa y cualquier otra; nosotros que recitamos *Just Do It*, y *Don't limit your challenges*, y *Just Can't Get Enough*: excelentes, excelsos, extraacadémicos; sobresalientes, sublimes, sobresaturados; políglotas y originales, resolutivos e innovadores, expertos y con iniciativa; máximos en todo; nosotros los excesivos, sobrecualificados,

empleados por vocación; nosotros los enfermos de productividad, comunidad coworking de difuntos, prometedores y emergentes, óptimos y eficaces como una motosierra; nosotros, los que deseamos, somos indeseables para nosotros mismos; nosotros mismos somos insoportables para nosotros mismos: esto tiene un buen fundamento. No nos hemos amado nunca: ¿cómo iba a suceder que un día nos encontrásemos?

Tengo un presentimiento (n.º 39), y es que no tenemos fuerzas para rendirnos. Obsesos y estresados por el triunfo, hemos olvidado las estrategias del fracaso, hemos perdido el saber de la derrota y las artes de la renuncia, y resulta ya imposible detenerse. Nada nos hace más frágiles que esta incapacidad para la resistencia, conjugada con la absoluta sumisión al éxito y a la eficacia. Incapaces de decir no y de abrazar la ruina que nunca dejaremos de ser, sumamente intrincado se vuelve saber decir sí algún día a lo que en la vida no se mide y no se gana, que es lo único que puede amarse, por imperdible, más allá de la economía de la deuda y la victoria. Todo lo que queda al otro lado de los méritos y los mitos, de la perfección y las metas, ¿cuándo lo abrazaremos? Esa inmanencia alegre y deliciosa que solo en la quietud se alcanza, que solo degustamos en el reconocimiento de que no hay nada que hacer ni conquistar, de que el tiempo que aquí nos queda es prosaico y no está consagrado a ningún fin último, ¿cuándo la saborearemos? Es una locura, la vida es ausencia de obra, pero en amor se trata de locura y de ausencia. La vida huelga, y pese a ello segui-

mos aquí nosotros en la decadente fábrica de la infelicidad, engullendo identidades y propósitos magníficos, cualquier cosa con tal de no asumir el mayor de los riesgos: mirar de frente a esa carencia, que es deseo y vulnerabilidad. No hacer absolutamente nada.

Con el afán de divagar y visitar los márgenes del mundo, allí donde todavía es habitable, he compuesto la siguiente metafísica de la pereza. Me he preocupado por no ser original y le he robado el título a Georg Simmel, esperando que su profético gusto por lo infraordinario me ampare y me proteja del éxito. No hay conjunción más contradictoria que la de un empresario de sí mismo escribiendo sobre la inoperancia, me dicen algunos. Se ríen, y con razón, cuando anuncio, en mi hiperactividad, una larga oda a la indolencia y un ensayo fatigado sobre la vagancia. Les respondo que no podría ser de otro modo, pues no es la escritura un territorio de constatación, ni un acta notarial. Antes bien, tiene la escritura algo de aventura —por eso la quiero—, y de una larga espera en que nunca sucede nada, y por ello mismo puede cambiar algo. Es un lujo y un despilfarro, pues no sirve a nada ni a nadie, y por ello Barthes la tildó de intransitiva: sin objeto ni función, no encuentro nada más improductivo, que además de ser intransitivo, es intrascendente e intransigente.

La escritura es esa renuncia a decir algo y aun así seguir la perorata, una prolijidad sin obra que en sus devaneos se parece a un paseo largo en las tardes de cielo raso, a un canchero de plástico, a unas vacaciones de uno mismo, a un co-

mienzo mínimo, insistente y risueño. Se puede ser otro en la escritura, y devenir clandestino y hasta desaparecer. No nace del sentido el escribir, ni del presuntuoso gesto universal del libro, sino de la contradicción, y como celebración de la contradicción. Amo lo que no tengo, escribo lo que no soy. Es esa otra especie de verdad la que acontece en la escritura: una fiesta, una pereza cósmica, sin una realidad anterior que la comprometa ni una realidad posterior que se exija como su producto. Escribo y el mundo se para y pienso que ya es bastante. Dejar de ser, dejar de hacer. Escribir podría consistir en aprender a decir: ahora me rindo y eso es todo.

Symparanecromenoi, zombis de la vida, ¡tumbaos de una vez! Precarios de todas las naciones, ¡dejadlo ya! ¡Dejad de trabajar! ¡Dejad de enviar mails y programar alarmas! ¡Deteneos, insensatos! ¡Parad! O de lo contrario, el triunfo más grandilocuente se cernirá sobre vosotros y os aplastará con la tremenda furia de sus promesas.

@ Ned ediciones. Edición no venal

FUNDAMENTACIÓN DE LA METAFÍSICA DE LA PEREZA

B.: ¿Es necesidad amar? R.: No es gran prudencia.

B.: Metafisico estáis. R.: Es que no como.

B.: Quejaos del escudero. R.: No es bastante.

Del diálogo entre Babieca y Rocinante,
en *El Quijote*

Un día de febrero de 2007, Britney Spears cogió el coche y se fue a la peluquería. Quería abandonarlo todo, pero para eso tenía primero que destruir su imagen, hacerse otro rostro. Despojarse de su melena era la mejor estrategia —pensaba mientras ajustaba el retrovisor— para acabar con el vasto reinado de su nombre. Su carrera había comenzado en *The Mickey Mouse Club*, cuando todavía era una chica de once años que cantaba en el coro de una iglesia en Kentwood, Louisiana, el pueblo de dos mil habitantes en que nació. Cuando su imagen como niña dejó de ser lucrativa, llegó el momento de rentabilizar su sexualidad incipiente de colegiala católica. Le desabotonaron la camisa del uniforme, le acortaron la falda, multiplicaron su imagen para hacerla aparecer en las habitaciones de todos esos adolescentes noventeros que necesitaban darle un rostro a su con-

fuso objeto de deseo: también a ellos su soledad les estaba matando.

La presencia de Britney, caliente y cándida, rubia y bronceada, arrasaba con la fuerza de un ídolo cuantas portadas, pósteres, modas y merchandisings encontraba a su paso. La envergadura de su presencia solo era comparable con la velocidad de su agotamiento: portada de la *Rolling Stone* en 1999, encantadora de pitones en la MTV en 2001, cowboy Denim Denim a juego con su novio Justin Timberlake, Britney estaba en todas partes y no había nada que Britney no tocara. Y que algo fuera tocado por Britney, insidiosa brujería fetichista, suponía un encantamiento, un fuego sexual que hacía bailar el valor de todos los valores. La embriaguez de su capital personal crecía, exorbitado, más allá de los límites que contienen una vida. De camino a la peluquería, Britney cruzaba los semáforos unos segundos antes de que cambiaran de color.

La princesa del pop era una slave 4 U. Su fantasma, de juventud invencible, reinaba imperturbable en el imperio global del deseo. Todas sus canciones se alimentan de su vida y de su cuerpo hasta no dejar ni las raspas. Britney se casó en Las Vegas para anular el compromiso en cincuenta horas, se volvió a casar y filmó un *reality* para lanzar la carrera de rapero de su segundo marido, ingresó en un centro de rehabilitación para contener su consumo de drogas y alcohol. Lo abandonó en 24 horas. Asediada por una invasión constante, todo en su intimidad se desmoronaba, pero importaba más bien poco, porque la basura y la miseria tam-

bién eran Britney, otro pedazo suyo que todo el mundo quería. Todo cuanto ella pudiera ser se volvía capitalizable, siempre había un deseo que se satisfacía con la imagen mutante de Britney: Britney sexy, Britney gorda, Britney flaca, Britney pop, Britney loca, Britney católica, Britney escándalo. Su silueta femenina era el significante vacío que corría, imparable, en el circuito hiperconectado de la industria libidinal: *gimme more, gimme, gimme, more*. Antes de girar la esquina para alcanzar el *hair salon*, Britney se acuerda de que tiene que poner una lavadora, después de todo.

Mientras conducía aquel día de febrero de camino a la peluquería, resonaba en su cabeza la misma pregunta que Blanchot se formulara en *La conversación infinita*: ¿cómo haremos para desaparecer? Raparse la cabeza, incluso cuando la peluquera se negó a hacerlo, y atacar a los paparazzi al volver a casa con un paraguas verde y largo como su alma, rabiar de ira, de euforia y de impotencia no bastó para liquidar la obscena presencia de su imagen. Su rebeldía se convirtió de nuevo en espectáculo, y su melena alcanzó el millón de euros en las subastas de *eBay*, hasta que la web canceló la puja por no poder probar su autenticidad. Después de ser internada en diversos centros psiquiátricos, perder la custodia de sus hijos y el control sobre su patrimonio, sometida a la tutela legal de su padre, sus fans más sinceros seguían deseando en las redes que volviera a aparecer pronto, que la liberaran de una vez. Y sin embargo aquí liberarse y aparecer se habían vuelto opuestos radicales. Lo que Britney Spears había perdido era la clandestinidad.

El viernes 12 de noviembre de 2021 una jueza dictaminó que Britney ya no necesitaba ninguna tutela. Quién sabe si tal sentencia será la oportunidad para, al fin, volverse del todo anónima y anodina. Desde 2007, su afán por desaparecer se ha convertido en el rasgo paradigmático de una sensibilidad generacional, la sensibilidad de todos aquellos condenados a levantar su vida sobre el consumo de sus cuerpos.

Hay una canción de Britney que no puedo dejar de escuchar. Es «Work Bitch». Ideal para bailar, ir al gimnasio o pedir becas, su letra invoca insistentemente un vínculo entre trabajo y deseo, el mismo nudo que asfixió a una muchacha de Kentwood que dejó de existir por no poder desaparecer:

*You want a hot body? You want a Bugatti?
You want a Maserati? You better work, bitch
You want a Lamborghini? Sippin' martinis?
Look hot in a bikini? You better work, bitch
You wanna live fancy? Live in a big mansion?
Party in France? You better work, bitch,
you better work, bitch, you better work, bitch*

Los verbos «to want» y «to work» se reenvían el uno al otro, siendo el segundo la única respuesta concebible para el primero, y este vínculo no solo responde a un prejuicio habitual del sentido común («success is not given, it's earned», etcétera), sino que también muestra, como un síntoma de nuestra cultura —que es la de Britney—, la genuina inte-

rriorización de una lógica de la productividad que reconoce que, para ser alguien, para valer algo, uno ha de realizarse: el trabajo, como producción de mérito, se torna la fuente de todas las formas de valor de la subjetividad, de modo que esta nada es, de nada sirve y para nada vale, si no emprende la larga gesta de trabajarse. Como Deleuze y Guattari criticaron en su *Mil mesetas*, el ser se constituye a partir de una carencia, una negatividad ontológica («want») que ha de ser colmada o satisfecha a partir de una producción («work»).

Esta es la gran enseñanza que obtuve de mis paseos por el supermercado mientras Britney me contaba su vida, de mis tardes de horas extra en la oficina y mis días de fitness, antes de encamarme largamente y mirar por la ventana: que era miserable a no ser que contara con un plan para ser o hacer algo, y que más me valía ir moviendo el culo. Mi integridad como ciudadano, como bomba sexual, como padre de la familia que no tengo, como amigo y amante, dependía de mi eficiencia, y de todo lo que trabajara en mi optimización, a cada momento y en cualquier lugar. Si quería un cuerpo caliente y un Masserati, y cientos de Martinis y un contrato laboral de mil euros, además de una gran mansión y un piercing en la oreja izquierda, y la versión Premium de Spotify y una cuenta pirateada HBO; si quería todas esas cosas, y también si no las quería, si no quería nada de nada porque estoy cansado de todo, igualmente me convenía trabajarme, actuar y actualizar, agitar mi cuerpo y, sobre todo, hacerlo mejor que el resto, realizarme mejor que

el resto. O no hacerlo mejor, sino creativamente mejor: mover el cuerpo como nadie lo había movido nunca, para no competir en movimiento, sino en la originalidad del movimiento. No bastaba con trabajar, ni con hacerlo al máximo —así no se consigue un Lamborghini—. No era cuestión de cumplir con el deber, sino de avivar sin término la llama de lo inigualable. La creatividad, y no la norma, era la condena.

En estos términos, la operatividad se ha convertido en la estructura genuina de nuestro mundo contemporáneo, y Britney Spears en su profeta. Cualquier registro de nuestras vidas está moldeado por esta íntima lógica que combina creación, competencia y productividad: el capital humano es sexual, intelectual, emocional, físico, metafísico, automovilístico y astrofísico. La tonada de Britney Spears comprende la aceptación generalizada de la explotación como autoexplotación y autoalienación, y así legitima una economía de la violencia que conforma el sujeto y está en juego microfísicamente día tras día, noche tras noche. Este mundo Want-Work en que la plenitud de la vida se conquista con la apoteosis de la sumisión, ese mundo tan nuestro y tan bello en que la subordinación se torna indiscernible de una idea de libertad, es quizá lo que inspiró a Giorgio Agamben a escribir que «el problema ontológico-político fundamental es hoy no la obra, sino la inoperancia» (2017: 474).

Es por ello que, alertados por la mala nueva de Britney, se vuelve urgente ir más allá de un simple elogio popular de la ociosidad y de una ética zanguanga de andar por casa para

exponer una moral de la vagancia como filosofía pura de la siesta, esto es, como metafísica de las costumbres de la holganza. Pero si en este brete de la razón pura práctica la pregunta esencial ya no es «¿Qué debo hacer?», sino «¿Qué puedo no hacer?»; ya no «¿Qué es el hombre?», sino «¿Qué puede no ser el hombre?», la metafísica de la pereza que aquí nos proponemos fundamentar con grandilocuencia glitch y ánimo festivo no puede ser pura, ni universal, ni emprenderse con independencia de toda antropología particular. Si una metafísica de la pereza ha de liberarnos de lo que somos, y ha de constituir un programa de la deserción que nos brinde modos lúcidos y erráticos de articular una política de la resistencia a los imperativos laboriosos, la emancipación de la competitividad generalizada y la torpeza del baile, tal metafísica perezosa habrá de ser impura, híbrida, singular y situadísima. Se desarrollará en el sofá o en la playa, en columpios o en parques.

Esta metafísica ha de ser como la maquinilla con la que Britney se rapó la cabeza para tocarse las ideas. Si el amor se hace, la pereza se deshace; si el amor todo lo puede, la pereza todo puede no hacerlo. En la metafísica de la pereza, nuestras capacidades no están al servicio del trabajo o de la victoria, sino del abandono y la rendición. Reconoce, con Simmel y en nombre de Britney, que «aspirar a la pereza es lo que guía toda evolución *superior*» (2007: 100), y que es un prejuicio grosero de la razón entregarse a la operatividad y tratar de colmar un vacío y saturar un espacio en blanco que, siendo constitutivos de la vida, permanecerán siempre

abiertos y ridículos, como una bragueta con la cremallera estropeada.

«No nos dejemos cegar por la apariencia de inquietud y actividad con que el mundo de los hombres acalla lo más íntimo [...]. Toda actividad no es más que el puente entre dos perezas y toda cultura se afana para hacerlo cada vez más corto», exclamaba Simmel (ídem). La metafísica de la pereza se yergue, pues —o, mejor, se tumba—, como una política y una poética de la vacación, donde el deseo no es ya una pregunta que pueda ser resuelta por el trabajo, sino una persistente afirmación de la vida en su inmanencia, la fiesta que se inaugura tras un clamoroso «Preferiría no hacerlo». Pensar es decir no, y la metafísica de la pereza empieza con esta rebeldía: resoplar, bostezar, roncar es decir no. Reír es decir sí, y solo después de bostezar o dormir puede uno reírse a gusto. Nuestra ética de la vagancia se fundamenta sobre esa holgura que hace de la vida algo ajeno e irreductible a cualquier obra que se reclame como imprescindible. De ahí que sea banal y hasta infraordinaria, y que la impureza sea su oportunidad. La pereza es el *interesse* de la metafísica, pero también es el reclamo ante el que cualquier metafísica naufraga. Sí, esta metafísica no es un programa ni un sistema, porque acaba con una carcajada, a la hora de la siesta, en una pista de baile.

De ahí que, cuando la batería del móvil se consume y dejas de escuchar a Britney, no pueda sino concebir esta metafísica, que así se fundamenta, como una coreografía de dos pasos. En el primero, la metafísica es, como la definía Tiqqun,

una ciencia de los dispositivos (2009), una exposición crítica de todos aquellos dispositivos que constituyen las relaciones contemporáneas de competitividad y productividad que hacen de nuestra vida una desgracia. En el segundo paso de baile, la metafísica de la pereza compone un imaginario de la inoperancia, un repertorio de todas las estrategias para descansar, para desaparecer, para decir no, para parar. Una biblioteca de personajes, historias y palabras que nos enseña a leer de otro modo el tiempo muerto, de manera que este no sea ni estúpido ni imposible, sino vivido. En el primer paso de la coreografía, pensar es decir no; en el segundo, vivir es decir sí: sí, ¿a qué? A nada, claro.

§1

Laval y Dardot han concebido clásicamente el neoliberalismo como «la nouvelle raison du monde», esto es, como una racionalidad gubernamental que articula la subjetividad contemporánea, y que por ello no es solo un sistema económico o un modo de organización macropolítico: consiste, antes bien, en la instauración de la lógica capitalista de maximización del beneficio como la matriz que configura cualquier aspecto de nuestras vidas. Cualquiera de nosotros no aspira a la mediocridad, sino a la excelencia, no busca cumplir con el deber y alcanzar la normalidad, sino satisfacer sus deseos y su singularidad: ha sustituido la iglesia por el Mickey Mouse Club. Lo extraordinario, y todas las variedades del exceso, se ha tornado la medida —sin medida— que motiva y excita nuestra cotidianidad. Y ello conlleva, en térmi-

nos de Laval y Dardot, que «la racionalidad neoliberal tiene como característica principal la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación» (2013: 15). La existencia se convierte en una carrera, pero en esta ocasión gana quien más disfruta, quien más consume, quien más se excita. Es muy extraña, esta presión de lo máximo. Nos convierte en deportistas del deseo.

Diversos investigadores se han preocupado por mostrar recientemente los modos en que estos principios de competencia y productividad transforman nuestras formas de vida y alteran las condiciones mismas de la experiencia. Mark Fisher ha señalado en «La privatización del estrés» (2019: 190) algunos rasgos de la subjetividad neoliberal, que se desarrolla según patrones de eficiencia empresarial, esto es, como «capital humano». La generalización de la eficiencia, entendida como la búsqueda constante de un plus de goce, inserta al individuo en un proceso de subjetivación a través del exceso de sí respecto de sí mismo, esto es, a través de la superación indefinida de sí mismo (Laval y Dardot, 2013: 361), como Britney en los escenarios. La subjetivación deviene un proceso de superlativización o de optimización. Ello implica una redefinición de las coordenadas de nuestra sensibilidad, empezando por el espacio y el tiempo. Fisher describe el cambio del primero al reconocer que: «El ciberespacio vuelve obsoleto el concepto clásico del “espacio de trabajo”. En un mundo en el que se espera de nosotros que podamos responder a un e-mail de trabajo casi

a cualquier hora del día, el trabajo no se limita ya a un lugar o un horario. No hay escape, y no solo porque el trabajo se expande sin límites. [...] No pueden irse de vacaciones sin llevarse la oficina a cuestas» (2019: 190).

El trabajo se vuelve ubicuo y asume las dimensiones de la existencia entera. Ello no solo implica que uno puede trabajar en cualquier momento y lugar, o que la sumisión contemporánea sea una sutil y asfixiante plena disponibilidad; no solo el trabajo coincide con la vida, sino que la vida se resignifica en todos sus aspectos como trabajo, esto es, como una producción de plusvalía, como una incesante generación de goce que deviene el criterio de lo que uno vale. Por ello, el primer sabor de esta gramática de lo superlativo es un constante sentimiento de fracaso, pues el territorio de la suficiencia raramente llega a conquistarse. En todo momento podríamos haber disfrutado más, podríamos haber estado en un sitio mejor, aprovechado más el tiempo o practicado más deporte; podríamos haber hecho algo de más provecho, o más saludable, o más ético y solidario, o más excitante o más *cool* o más inolvidable. Por muy intenso que haya sido el viaje, hemos perdido el tiempo. La insatisfacción es tan constante como la fatiga en la era del trabajo ubicuo.

En paralelo a esta expansión de la lógica productiva que describía Fisher, que volvía indiscernible lo íntimo de lo laboral, Jonathan Crary ha estudiado la progresiva adecuación de nuestra concepción del tiempo con esta dinámica de lo máximo. La temporalidad neoliberal no es ya, como

en el Debord de *La sociedad del espectáculo*, una estructura pseudocíclica que promovía el crecimiento progresivo de la producción, sino algo más. Allí, el sujeto capitalista asimilaba sus modos y horarios a los de la fábrica, en una falsa naturaleza que imponía el rutinario bucle *métro-boulot-dodo* como bajo *ostinato* de todas nuestras andanzas, asimilándolas a un engranaje. Lo que observa Jonathan Crary a propósito de la temporalidad neoliberal es bien distinto. Hoy la existencia entera se coordina con la fórmula 24/7, la expresión de la absoluta disponibilidad, en que no hay límite cultural ni biológico que contenga las exigencias sobre uno mismo. La vida entera deviene una fiesta infinita, una existencia hiperestimulada en que el baile no cesa.

De ahí la inteligencia de Becky G., que imaginó en una de sus canciones una *party* que duraba 24/7: reconocía, quizá sin saberlo, que el tiempo de la seducción, el baile y la producción del goce ha dejado de ser parentético o puntual. Este ritmo se expande para llegar a alcanzar las medidas de una noche sin tregua ni sueños, para que situemos nuestra actividad en el insomnio y mantengamos en todo momento la estimulación: a todas horas concernidos, a todas horas pendientes, a todas horas preocupados y alerta. El infierno no tiene la forma de una cena burguesa de la que es imposible escapar, sino de un baile frenético lumpen que mantiene al cuerpo en un éxtasis permanente y compulsivo. En términos de Crary, «la temporalidad 24/7 es un tiempo de indiferencia [...] En relación con el trabajo, propone como posible e, incluso, normal, la idea de trabajar sin pausa, sin

límites. Está en línea con lo que es inanimado, inerte o lo que no envejece. Como una exhortación publicitaria, decreta la absoluta disponibilidad [...] ahora nuestros cuerpos e identidades asimilan un exceso en constante expansión de servicios, imágenes, procedimientos y productos químicos» (2015: 21).

Esta ubicuidad expansiva, y no el círculo del ciclo ni la línea del progreso, es la forma que adopta la sensibilidad en la era neoliberal. La maximización del beneficio propia del capitalismo absorbe todas las regiones de la existencia, de modo que el *spinning* del gimnasio se asemeja al multitasking del despacho, al horario de guardia del sanitario y a los *timings* del turista. Concentración múltiple y excitación continua, tal es el perverso imperativo de estos tiempos, y la alegría es el mayor de sus deberes, toda vez que son las emociones positivas las que garantizan, mediante la continua revolución del deseo, la competitividad y la eficiencia de los emprendedores.

En estas nuevas coordenadas espaciotemporales en que la subjetividad se desenvuelve como una empresa de auto-superación sin término, Eva Illouz ha acuñado la noción de «capital sexual» como una variante particular del capital humano que reconoce esta maximización del placer como forma de autorrealización. Illouz ha dado palabras al inmenso malestar de Britney: observa que la afectividad también se ha convertido en un vasto ámbito de superación y explotación de las relaciones sociales, y en esa medida constituye un valor para el crecimiento personal. El capitalismo emo-

cional de nuestros tiempos, siguiendo a Illouz, supone que la sexualidad se convierte en una cualidad explotable que es mejorable y que puede reconocerse en términos de empleabilidad. En el ensayo *El capital sexual en la modernidad tardía*, en coautoría con Dana Kaplan, Illouz considera que «el capital sexual tardomoderno no se refiere totalmente a jerarquías de deseabilidad erótica en la sociedad y los sistemas de intercambio resultantes [...] más bien vemos este tipo de capital sexual como una variante del capital humano [...] Eso significa que la propia vida sexual —las experiencias, los afectos y deseos sexuales— se convierte en una fuente de valor en sí misma, e incluso puede ser utilizada en el empleo» (2020: 32).

Estos rasgos de la sensibilidad neoliberal definen esa paradoja contemporánea de subordinarse a través de las exigencias de la libertad, de sentirse atrapado por no poder dejar de actuar. Si es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, es también más sencillo evocar el apocalipsis que el fin de la autorrealización. Hemos alcanzado una pobreza de experiencia tal que se torna hoy imposible concebir formas de vida allende la lógica de la competencia y el rendimiento. La inconsciencia con que habitamos esta cosmovisión, en que lo improductivo y lo incompetente resultan intolerables, confirma su triunfo como ideología. En este sentido, nuestra pobreza de experiencia se mide por la falta de medios para desarticular estas formas de dominación, pues nuestros conceptos y estrategias para la disidencia y la insumisión vienen provistos por la misma gra-

mática de la operatividad. Como Slavoj Žižek ha valorado en más de una ocasión, carecemos del lenguaje para expresar nuestra falta de libertad (2002: 1-3), es decir, los medios políticos y sensibles para definir la especificidad de nuestra alienación y articular, en consecuencia, una emancipación perezosa, una sublevación pasiva alternativa al imaginario del proyecto y la realización. No tenemos palabras para decir nuestro malestar, ni medios para armar vidas alternativas a la existencia empresarial. De ahí que, como Britney, no podemos escapar de la agotadora presencia de nosotros mismos.

En este atolladero, en chándal y con la cabeza rapada, una política de la acción o del empoderamiento resulta del todo inservible para nuestra empresa: el problema mismo es tener una empresa y una obligación de actuar, y ver una tara, la insuficiencia de rendimiento, donde solo hay una condición. Nuestros objetivos no pueden ser la realización o el progreso, sino que aspiramos a suspender los objetivos. Aspiramos a la lentitud y a la placidez del domingo, aspiramos a tumbarnos, a abrazar nuestro límite, a descansar. De hecho, ya es hora de dejar de aspirar: preferimos respirar. Nuestras exigencias de libertad no supondrán nuevas formas de acción o planes más ambiciosos, sino la posibilidad —imposible por ahora— de desistir. Es solo con temor y temblor que dejamos de hacer y preferimos no movernos de la tumbona para cambiar el «Just Do It» por el «Just Do Nothing».